

2-29-2016

La imagen restaurada

Rita Martin

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Martin, Rita. 2016. La imagen restaurada. *Revista Surco Sur*, Vol. 6: Iss. 9, 12-13.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.6.9.8>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol6/iss9/9>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Rita Martín

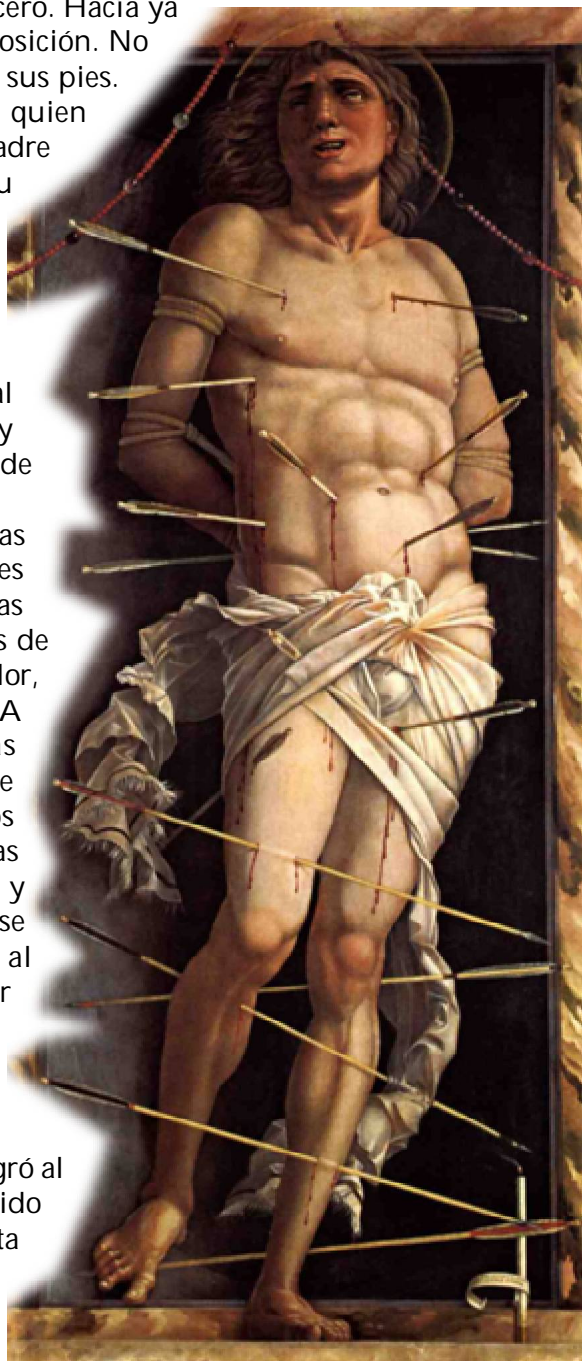
La imagen restaurada

Para Virgilio Piñera, *in memoriam*

El hombre se había situado en el intermedio de la pequeña sala del apartamento. Verlo era como recordar una pesadilla constante, no porque Miss Dollway lo supiera muerto sino por sus frecuentes huidas –exilios–, disparates cometidos contra su único hijo con el pretexto de salvarle, y otros detalles más del frío gabinete de dentista transformado por su imaginación voraz en la magnificente oficina de un carnicero. Hacía ya varios meses que el hombre se encontraba en la misma posición. No se había sentado. Ni tan siquiera se había dormido sobre sus pies. Todo esto, claro, reclamaba la lógica de Miss Dollway, quien ansiaba despertar un día y no verle nunca más. Pero el padre de René permanecía, como una sombra, pidiendo su retrato. Lo peor era que en realidad Miss Dollway no podía verle. Cómo trazar entonces unas cuantas líneas detalladas, para poder devolverle el boceto y acabar con todo esto cuanto antes. Pensó entonces que bien podría ofrecerle la imagen de San Sebastián asaeteado, tan cara a René. Con tal idea bajó las escaleras para intentar si, al menos, difuminando la imagen del rostro contra la luz y manteniendo el cuerpo, podría devolverle al hombre uno de sus amados dobles.

El pueblo era de sobria religión y aunque algunas iglesias ya habían sido inscritas para el servicio de alegres y sensuales feligreses, no habían, empero, llegado las extensas muestras de hermosos santos que otrora hicieran suspirar a jóvenes de ambos sexos y variadas edades. Sólo dos imágenes, sin color, la de Cristo y su madre, María, eran dadas para el rezo. A pesar de los intentos de los clérigos por traer otras sacramentales reliquias, el control había sido eficaz y se lograba al nivel de guerras subterráneas por hombrecillos grises y regordetes que invertían diariamente grandes sumas de dinero en la bolsa, obteniendo, casi siempre, el doble y hasta el triple de lo invertido. Ellos y no otros eran los que se apoderaban de las imágenes coloridas, falsificándolas al registrar en ellas las marcas sexuales que, más que inspirar al rezo, inspiraban al sexo. De imposible hallazgo en las iglesias, las imágenes podían ser adquiridas —y hasta alquiladas— en tiendas destinadas a su consumo y mezcladas, claro está, con otros objetos de placer sexual.

En uno de sus recorridos por la ciudad, Miss Dollway logró al fin un tierno San Sebastián violado, cuyo rostro había sido alterado demasiadas veces. Lo compró, no obstante, y hasta se dio por satisfecha al haber logrado negociar una rebaja.





Al menos con la imagen del cuerpo —ya que no con la cara— podría dar inicio a su fotografía y dar fin al asunto del padre de René, el eterno gozador de la carne. Durante varias semanas Miss Dollway se afanó en lograr un efecto alado. En otras, intentó trazos apolíneos. No dejó de pensar en ciertas líneas que podrían conducirla a una recreación barroca del cuerpo de San Sebastián ya que, a fin de cuentas, ¿no había sido este estilo el mejor que expresaba el continente que habitaba? Sus dedos pasaron una y otra vez por el cuerpo limpio, sin manchas. Fue entonces que tuvo una revelación. Sólo a través del sufrimiento podría darle al santo su verdadera carne terrenal y celestial. Las flechas las descubrió una a una, detrás de una gruesa pintura blanca que las ocultaba. Por cada flecha limpiada, el rostro de San Sebastián adquiría otra fisonomía, iba cerrando lentamente la boca, poniendo en su lugar las mandíbulas y, finalmente, proyectando la imagen del que sufre y vive a un mismo tiempo. El cuerpo, otrora límpido y desnudo, casi incoloro e inodoro, comenzaba también a tonificarse y mostrar algunas de sus heridas que lo hacían ver más humano y femenino.

Terminada la obra, se dirigió a la sala para darle, triunfal, al padre de René, su propia versión del hijo, copia y reproducción de sí misma. El padre estaba allí, mirándola. Tomó

a René en sus manos por un momento y le pidió a Miss Dollway, que colgara en un marco la restauración de la pintura. Después de este corto y preciso diálogo, el hombre volvió a huir, como siempre. Sólo quedaban el cuadro colgado en una pared de la sala y las largas sesiones de trabajo sin ninguna retribución monetaria. Cansada se durmió y esperó a la mañana siguiente para hacer algunas compras en el supermercado.

Manejaba su viejo y desvencijado carro cuando detuvo su mirada en un sufriente y alegre joven, melena al aire, retrato vívido de su San Sebastián, a quien seguían otros jóvenes casi copia del primero, pero nunca idénticos. En el mercado, otra copia de su San Sebastián fue quien la atendió. Al anochecer, la inundación de San Sebastianes fue absoluta. La gente del pueblo no sabía explicar cómo habían llegado tantos extranjeros, al tiempo que reportaban niños y adolescentes desaparecidos por todas las emisoras radiales y televisivas. Fue necesario traer expresamente una representación religiosa de un país vecino encargada de restablecer la paz mundial y la del oscuro pueblo. El mayor representante alzó la mano en gesto autoritario y pronunció las salomónicas palabras: “Mis fieles, dad albergue a sus hijos que merodean en sus calles. ¿Por qué os sorprendéis tanto de cuánto han crecido dentro de la sangre y el cuerpo de nuestro señor, Jesucristo?”